

Instituto Miguel de Cervantes, un haz de estudios centrado en torno al susodicho título.

Monografías, discursos y artículos breves son los que González Palencia ha recogido para formar sus *Eruditos y librerías del siglo XVIII*, en donde Hervás y Panduro, Cerdá, el primer domicilio que tuvo la Real Academia Española y el impresor Ibarra son temas fundamentales, que se unen a los del alumbrado madrileño y al jocoso —pocas veces un trabajo erudito estuvo más aliado con la gracia— de la tarántula y la música.

Angel González Palencia agota bien y a fondo todos los temas que trabaja. Los deja vacíos para el que llegue detrás, y hasta en el más pequeño de sus artículos literarios el buscador incansable de datos poco ha de lograr.

En este libro de González Palencia hay erudición y primor de buen escritor. Esas dos cosas que le han dado con justicia en sus horas de madurez una cátedra universitaria, dos sillones académicos y un nombre preclaro en el mundo.

JUAN SAMPELAYO.

LA NARANJA, por ENRIQUE LARRETA.-Editorial
Espasa Calpe.-Madrid, 1948.

En una quieta tarde dominical hemos dado principio y fin a estos pensamientos que bajo un título que, más que símbolo, es la pura realidad de toda la gracia jugosa que encierra el dorado fruto de los huertos floridos de Levante, y con el cual llama la atención de sus lectores el gran señor argentino D. Enrique Larreta.

Como un heraldo con trompeta de oro y cristal en la que sueñan las notas mejores, se nos llega esta obra del reencuentro de los lectores españoles con el autor de *La gloria de don Ramiro*, la novela con más amor escrita en torno a Avila de los Caballeros.

Hoy, Enrique Larreta, con sosiego de pensador que caminó ya mucho por la vida y con una pluma tan viva y penetrante como en sus horas mejores, deja la gloria más intensa del servicio a la novela y a la más crematística del teatro para buscar la más eficaz y honda del ensayo. Y aquí, cuando este alto género nos sale al paso, hemos de decir nuestro contento, no ya sólo por la obra de Larreta, sino por ver cómo más a menudo aflora a la bibliografía este género.

La naranja se hace hoy fruto gigante de gajos innumerables, que nos van dando lectura clara, límpida, jugosa y dulce; pensamien-

tos en torno al vivir cotidiano del hombre, del paisaje, del libro, de la vida toda. Con la serenidad de un largo vivir, con la bondad de un fuerte corazón, con el entendimiento y el continuo leer de libros y más libros, Enrique Larreta se sentó en la solana o a la sombra de su casa pampera, acaso en su cuarto de trabajo de su hogar bonaerense. Se sentó tranquilo, y fué poniendo en orden toda una línea de pensamientos. En orden de lucha y de combate todo lo que es clásico y lo que es moderno, lo que es elevado —filosófico— y aquello más pequeño, más a ras de tierra, aunque ni en esto, que puede a veces darse la mano con lo frívolo, pierda un instante de grandeza la página de Larreta.

Hay en todo el pensar de D. Enrique Larreta un inmenso, gigante latir hispánico, que nace de lo más profundo de su corazón. Vena de noble orgullo que parece escrita con la más roja y encendida sangre, esa sangre que es española y argentina en sus vasos sanguíneos y en su pluma fuente, norteamericana de fabricación y que merecería mejor ser, como en días lejanos y gloriosos, pluma roja y blanca de ave del paraíso.

Hidalguía y alto tono intelectual presiden en todo instante los claros y eficaces pensamientos del maestro Larreta. Saber de clásicos, conocimiento de las gentes, documentación de lo visto y lo oído, he aquí la mejor esencia de los gajos de *La naranja* de Enrique Larreta, quien en su libro guarda junto a los pensamientos breves recuerdos de su vida que nos hacen desear con intensidad unas grandes Memorias de su existir.

La línea espiritual del autor glorioso de *Santa María del Buen Aire* es fiel y permanente a su nacer argentino, a su formación en las mejores culturas europeas, a sus clásicos españoles y a una fe cristiana y una eterna hidalguía. La fe y la hidalguía que llevaron luz de historia y de alto honor a la noble nación argentina.

J. S.